

¿Qué es educar?

Educarse no es recibir, sino hacerse.

Whitehead.

Mucho se ha discutido, se discute y se discutirá sobre la naturaleza de la educación, acerca de su eficacia, del papel del profesor y del estudiante en el proceso educativo, etc. Sobre estos temas tendremos ocasión de hablar continuamente a través del presente volumen.

Por ahora, nos detendremos a reflexionar sobre el concepto de educación, ya que los demás interrogantes surgen de éste: ¿Qué es educar, y cuáles son sus objetivos?

Para algunos, la educación es un proceso que termina con la “madurez” del individuo; es obra de la escuela y de la familia. Para otros, es un proceso permanente, obra de la sociedad, que dura tanto como nuestra existencia, como seres inacabados que somos. No faltan quienes la consideran predominantemente como transmisión de conocimientos y valores. Para unos la educación debe centrarse en el individuo; para otros, en la sociedad.

Hay quienes afirman que la educación ejerce poca influencia: “Ni la buena educación hace el carácter, ni la mala lo destruye” (Fontenelle); otros la consideran todopoderosa: “Todos los hombres nacen iguales y con aptitudes iguales; sólo la educación hace las diferencias” (Locke). Para algunos más, el poder de la educación es grande pero relativo; las predisposiciones (instintos) humanas son, en efecto, muy generales, maleables y dúctiles.

Pero las discusiones más interesantes se refieren al mismo concepto de la educación y a sus objetivos.

Todos los autores modernos están de acuerdo en que el proceso educativo no consiste en trasmisión y adquisición pasiva de conocimientos y de información.

Bloom subraya la acción de procesamiento y transformación de los datos mediante el análisis, la síntesis, la aplicación y la evaluación constante de la información recibida. Para él, educar consiste en el desarrollo de aquellas características que permiten al hombre vivir eficazmente en una sociedad compleja. Es un proceso que cambia a quienes experimentan el aprendizaje.

La vaguedad y ambivalencia de tal definición son manifiestas. ¿Qué significa en realidad vivir “eficazmente”? ¿Quiere decir ser pícaro, competir, dominar a los demás? ¿Puede, asimismo, reducirse la educación a una adaptación a la “compleja” sociedad en que vivimos? ¿A dónde va a parar, pues, el proceso de cambio y progreso social?

Otros pensadores definen la educación como una contribución al desarrollo de la persona y de su grupo social, la cual orienta y facilita actividades que operen en ellos cambios positivos en sus comportamientos, actitudes, conocimientos, ideas y habilidades. Tal definición tampoco escapa a una ambigüedad fundamental: ¿qué se entiende por “cambios positivos”? ¿Qué criterio distingue aquello que es positivo de lo negativo? ¿Es el progreso tecnológico un criterio suficiente de positividad?

Hay quienes describen la educación como un proceso que tiende hacia la madurez social y emocional. Aquí también el mismo concepto de “madurez” resulta impreciso, ¿Qué se entiende por hombre maduro? ¿No es acaso el hombre un ser siempre inacabado y en constante aprendizaje? ¿Hasta qué punto la educación es necesaria para alcanzar la madurez humana?

Análogas dificultades presentan definiciones como la de Kauffman: “contribuir a alcanzar la dignidad humana donde no existe; incrementarla donde su presencia es sólo parcial”. ¿Qué significa “dignidad humana”? ¿Qué criterios existen para afirmar, en una situación concreta, que la dignidad humana está siendo ignorada, pisoteada o parcializada?

Otros apelan a definiciones tan amplias que todo lo abarcan y nada clarifican, como la que dice que es un “proceso de construcción del hombre y de su sociedad”; de construcción de cultura”, etcétera.

Edgar Faure entiende por educación el “proceso cultural que busca la eclosión y el desarrollo de todas las virtualidades del ser y su sociedad”. La entiende no como una formación inicial, sino como una actividad continua; su objeto no es la formación del niño y del adolescente, sino la de todos los hombres durante toda su vida. Su lugar no se limita a la escuela; está constituido por todo el ambiente vital. El educador básico de la sociedad, el sujeto de la educación es el educando mismo. La educación, por tanto, ya no se define en función de la adquisición de una serie de conocimientos, sino como un proceso del ser humano y de su grupo social que, a través de la asimilación y orientación de sus experiencias, aprende a ser más, a dominar al mundo, a ser más humano cada vez.

Según este punto de vista la educación tiene, pues, cabida en todas las edades y a través de toda la multiplicidad de situaciones y circunstancias de la existencia. Es la utilización de las capacidades creadoras de todos, a través de nuevas formas de organización y de movilización de masas, usando todas las energías que atesora el pueblo. Educar es aprovechar masivamente los recursos humanos latentes.

Tampoco esta concepción es ajena a ambigüedades. Quedan por dilucidar algunos interrogantes. Por ejemplo, ¿qué se entiende por “ser más”, “dominar al mundo”, “ser cada vez más humano”?

Paulo Freire describe la educación como el llegar a ser críticamente consciente de la realidad personal, de tal forma que se logre actuar eficazmente sobre ella y sobre el mundo. Su fin es conocer el mundo tanto como para poder enfrentarlo con eficacia. Esta concepción supone también una posición respecto del significado de la conciencia crítica, sobre la capacidad y los límites del conocimiento del mundo, y acerca de los criterios para juzgar la eficacia del tal enfrentamiento.

Nosotros entendemos la educación como una actividad o un proceso permanente, consciente e inconsciente, que involucra todas las edades, esferas y actividades de la vida, mediante el cual una persona, una comunidad, un pueblo, dentro de un contexto general y específico, global y situado, desarrolla sus potencialidades y las de su entorno promoviendo la cultura, en búsqueda de crecimiento, bienestar y felicidad.

Toda reforma de la educación debe llevar a la generación de una nueva cultura reflexivamente compartida.

Sujetos de la educación son la persona, la familia, la escuela, el ambiente, la comunidad. En ese sentido, todo educa o “deseduca”; todos somos educandos y todos somos educadores a lo largo de nuestra vida, ya que los organismos comienzan a perecer cuando dejan de desarrollarse.

La educación es obra de la interacción de organismos vivos con su entorno. El hombre es semilla que crece, no estatua que se fabrica. La educación es obra de agricultura, no de manufactura. El educador no es escultor sino jardinero.

Aunque la acción del entorno y de los educadores es educativamente importante, la dinámica radical parte del interior del educando. La calidad de la semilla y lo adecuado del clima y del marco social tienen mayor influencia en el resultado que la actividad de los así llamados educadores.

La educación no se realiza prevalentemente en las escuelas. Toda la sociedad es como una inmensa aula de clase, educadora o deseducadora, promotora o destructora de humanidad y de cultura. Si bien es importante que en la sociedad haya funcionarios y especialistas de la educación, promotores, líderes y activadores del proceso educativo, su acción está lejos de ser protagónica.

Lo fundamental se aprende implícito, no explícitamente, por ósmosis, no por exposiciones, exhortaciones o inyecciones. De ahí que la educación deba ser obra y responsabilidad de la sociedad en su conjunto. Los medios de comunicación social, el ambiente vital, los hábitos y la praxis de la cultura, así como el entorno familiar, tienen mayor influencia que las escuelas, los educadores y los libros.

Mientras la sociedad no tome conciencia de que todos somos educadores o corruptores, que todo educa o deseduca, que la educación es una empresa común no delegable en manos de unos pocos, no resolveremos el problema educativo.

Es, pues, imposible formular una definición válida de educación si no se determinan sus fines y sus medios. Tomar una posición a este respecto supone cierta concepción de la naturaleza del conocimiento, de la ciencia y de la cultura; sobre el sentido del hombre, de la sociedad y de la historia humana, y respecto del sitio del hombre en el mundo. Es necesario preguntarse y definirse sobre aquello que el hombre y la sociedad son, fueron y pueden y deben ser; sobre sus logros, sus frustraciones y posibilidades. Es imperativo saber cuándo, cómo y dónde los valores humanos están siendo seguidos, desafiados, olvidados y alterados. Es preciso analizar las fuerzas que rigen todos los procesos dentro de nuestra sociedad. En los siguientes capítulos se pretende resolver estas cuestiones sobre el sentido del hombre y de la sociedad, y acerca de sus incidencias en el proceso educativo.

Bibliografía

Suárez, R. (2009). *La Educación*. México: Trillas